

La cultura: ¿gasto o inversión?

Marcia Scantlebury¹

Durante la pandemia, la irrupción en los medios de imágenes devastadoras de hospitales atestados de enfermos y moribundos contrasta con el perfil de un músico que regala el sonido maravilloso de su violín desde el balcón o con la figura de una mujer cuya voz limpia y potente rompe el silencio de la noche.

Es innegable que el arte y la cultura amplían el registro emocional, ayudan a controlar el estrés, dan sentido a la vida, favorecen las relaciones con los demás y levantan el ánimo.

Pero los datos son elocuentes y dejan ver que, por razones obvias, durante la emergencia el bolsillo fiscal seguirá concentrado en salvar vidas, conseguir insumos médicos, proteger el empleo y asegurar el abastecimiento.

A raíz de la irrupción del COVID-19, la mayor parte de los artistas no puede desempeñarse en sus oficios. Y el Observatorio Digital de Música Chilena arroja un dato inquietante: el 90% de los músicos recibe ingresos menores al sueldo mínimo y la mayoría se ve obligada a tener un segundo empleo para sobrevivir.

Las industrias creativas y el arte contribuyen con el 3% del PIB mundial y representan casi 30 millones de empleos en el mundo. Sin embargo, y paradójicamente, en nuestro país este sector ha sido una de las víctimas más impactada y desvalorizada del COVID-19.

En la última cuenta presidencial, Sebastián Piñera no dedicó ni un pequeño mensaje al arte y la cultura. Y este año, los involucrados recibieron con resquemor el recorte del presupuesto de varios centros culturales del país que, entre otras cosas, generan muchos empleos.

¹ Periodista, integrante de los directorios del Museo de la Memoria, Bodegón Cultural de Los Vilos y Fundación Equitas.

Según cifras del Banco Mundial, las naciones adjudican en promedio sobre un 2% de su presupuesto estatal a cultura. Sin embargo, Chile aporta menos del 0,4%. Está visto que quienes manejan las finanzas la consideran un gasto y no una inversión.

El Centro de Estudios de la Universidad Católica de Chile concluyó en una investigación que hoy las actividades artísticas y de entretenimiento registran en Chile una tasa de cesantía del 44,5%.

En estos días de emergencia sanitaria y crisis política y económica, ha quedado una vez más a la vista que la cultura no es considerada un bien de primera necesidad en Chile, como lo es en otros países, que distribuyen importantes subsidios a sus artistas y centros culturales. Hasta la propia titular del Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, Consuelo Valdés, a la que los artistas critican cada vez con más fuerza y algunos han calificado como “la Ministra Invisible”, ha reconocido que el medio está atravesando una “crisis brutal”.

El Ministerio de las Culturas anunció en marzo un fondo de 15 mil millones de pesos para inyectar al sector, pero estos recursos se distribuyen a través de fondos concursables y la cifra es claramente insuficiente. La titular de la cartera respondió a las críticas argumentando que “ofrece igualdad de oportunidades y permite que los propios pares califiquen la calidad de la propuesta”.

Entrevistada por la Revista YA, la actriz Paulina García calificó estos recursos como una burla y sostuvo que se podrían haber otorgado directamente: “Hay gente hoy que no solo no tiene plata para pagar el arriendo, no tiene para comer... Los actores hemos hecho actividades para ayudar a colegas que no tienen cómo comprar leche a sus niños. Nos han dejado a la deriva”, comentó a la periodista Cristina Jurado. Reiteró que las artes en todos los niveles están ayudando a los chilenos a conservar su equilibrio emocional y psicológico, y se lamentó de que en Chile la cultura pese “menos que un paquete de cabritas”. Agregó que las decisiones sobre el sector no vienen de la cartera de Cultura, sino de otros ministerios o de la Presidencia.

A partir de la llegada del COVID-19 el paisaje cultural incluye teatros y espacios culturales cerrados, temporadas clausuradas y cientos de artistas encerrados en sus casas sin generar recursos. Para hacer frente a este escenario desolador, los afectados han llevado adelante diversas campañas. Por ejemplo, el Centro de Extensión Artística y Cultural de la Universidad de Chile (CEAC), en “Apoya a nuestros artistas”, dirigida a las artes escénicas; o la Plataforma de Artes Visuales (PAV), que activó sus redes y levantó iniciativas como rifas, ventas y remates para apoyar a los trabajadores más apremiados.

Una consulta hecha por el Ministerio de las Culturas el 23 de marzo entre trabajadores y organizaciones del ámbito cultural para conocer sus urgencias

en medio de la crisis sanitaria, iluminó la desesperada situación del sector: La mayoría de las empresas son micro y medianas y sus integrantes no tienen contrato, ingresos estables ni seguridad social.

La situación es irónica, si se piensa que hay un reconocimiento general de que escuchar audiolibros, ver cine o teatro *on line*, opera, ballet, conciertos, música o películas por *streaming* o en televisión es lo que en estos meses de confinamiento han hecho el encierro más llevadero.

En la primera etapa de la pandemia solo permanecieron abiertos los negocios de primera necesidad y, entre ellos, no se incluía a los vinculados al arte y la cultura. Su turno llegó solo después de las peluquerías, panaderías, tintorerías o zapaterías. Mientras tanto, el cierre de los museos, cines y teatros fue exacerbando la necesidad de los confinados de presenciar espectáculos de música, cine, baile o teatro que, desde marzo, estaban proscritos. Y, aunque parezca un contrasentido, nunca, como en este período, Chile ha tenido una oferta cultural tan suculenta y accesible.

Bendita herejía

Obedeciendo al refrán algo cínico que consigna que “la necesidad tiene cara de hereje” y, producto de la crisis, los creadores se han visto obligados a recurrir a soluciones que, quizás en marzo, a comienzos de la aparición del COVID-19, muchos consideraban impensables, pero que, a estas alturas, han terminado por asumir de buena o mala gana.

Hoy muchos reconocen que el confinamiento ha sido un desafío para su creatividad, y han cambiado de giro y sacado a relucir otras capacidades. Ello incluye, de alguna manera, haberse doblegado frente al Zoom, tecnología que antes miraban con distancia, pero que hoy admiten que amplió sus posibilidades y los hizo traspasar fronteras de todo tipo.

También, de un día para otro, miles de personas, desde Arica a Magallanes, decidieron pintar, tejer, bordar, cocinar, cantar, escribir o dictar clases por Internet. Las actividades alternativas van desde la enseñanza de técnicas de respiración, danza del vientre, a tecnologías de la información, yoga, escritura o naipes del tarot.

Todo indica que, a nivel mundial y local, la catástrofe sanitaria ha producido una explosión creativa. Situación que no es nueva. Giovanni Boccaccio escribió *El Decamerón* (1348) en medio de la peste negra, que mató a más de 200 millones de personas. Shakespeare terminó *El rey Lear* durante una epidemia y, en 1665, durante la Gran Plaga de Londres, estando confinado en su casa de Lincolnshire, Isaac Newton descubrió la ley de gravitación universal.

Explotó la burbuja

Bastante antes de la crisis sanitaria, en el país explotó la burbuja televisiva, el tiempo de los sueldos desmesurados de los ejecutivos y de los *rostros* de la industria, el de los vestidos y zapatos de marca desplegados en la alfombra roja del Festival de Viña y de los viajes a excéntricas locaciones de los protagonistas de las telenovelas.

Sin fijarse en gastos, en el año 2014 Megavisión dobló los sueldos de los artistas y ejecutivos en casi un 50%, partiendo por contratar a quien por ese entonces era cabeza del área dramática de TVN, María Eugenia Rencoret, y casi todo su equipo. En la industria desembarcaron también las rentables producciones turcas y, como los números no cuadraban, se inició el despido de actores, actrices y trabajadores del sector. El desenlace del cambio de escenario fue el cierre de las áreas dramáticas, incluso la de TVN, que en las décadas anteriores había llegado a hacer seis teleseries al año y a tener cincuenta actores contratados.

Hoy, solo Megavisión mantiene un elenco propio, pero con remuneraciones más realistas. Y en el Canal 13, la productora externa de Pablo Ávila, AGTV, gestiona los contratos de los artistas, que se extienden solo *por proyecto* para abaratar costos. Producto de la nueva realidad, la mayoría de las filmaciones de series y telenovelas duermen el sueño de los justos.

El diario *La Tercera* hizo un riguroso seguimiento de los *cambios de giro o reinversiones* de los famosos, aunque es necesario aclarar que muchas de sus actividades son complementarias, porque casi todos siguen vinculados a la actuación o a la espera de que el oscuro escenario cultural se modifique. En su reporteo, el periódico constató que María José Prieto se dedica a la publicidad de jugos y cremas, Sigrid Alegría promociona una marca de zapatos y otra de té helado. Paulina García graba audiolibros junto a Luis Gnecco y ya tiene el cuento “Tigre”, de María Paz Rodríguez.

Antonia Zegers, Amparo Noguera, Blanca Lewin, Álvaro Espinoza y Cristián Campos prestan sus imágenes a la publicidad de una marca de vino, mientras Héctor Morales y Felipe Braun invitan a su público en pantalla a tomar café con leche condensada.

Álvaro Morales inició en marzo un negocio de pizzas para eventos a domicilio; Jorge Zavaleta abrió un hotel en San Pedro de Atacama; Katyna Huberman tiene una empresa de carteras hechas a mano y Mariana Loyola promociona una mantequilla sin lactosa ni gluten llamada Amma Ghee.

Muchos actores y actrices hacen publicidad en sus cuentas de Instagram y otros trabajan en la radio. Es el caso de Begoña Basauri y Francisca Imboden, que conducen programas en Romántica, y Elisa Zuleta en Radio

Concierto, mientras espera que se inicie la filmación de la segunda parte de *La Jauría*.

Los viernes, en el sitio web del Teatro Municipal de Las Condes, la actriz Antonia Santa María y su pareja, el director Álvaro Viguera, entrevistan a los más destacados actores y actrices nacionales.

Naufragio de la palabra

Las actividades más perjudicadas por la pandemia han sido las que se realizan de manera presencial: el cine, las artes escénicas, las ventas de libros y las artes visuales.

Las librerías pequeñas y medianas han hecho lo imposible por sobrevivir a la crisis. La mayoría permaneció cerrada los primeros meses de la cuarentena y, según las cifras que manejan los libreros, sus ventas bajaron entre un 40% y un 90%. Agrava la situación el hecho de que, en muchos casos, sobre todo en regiones o pueblos pequeños, las librerías son el único polo cultural, un lugar de encuentros y debates.

Al comienzo fueron contados con los dedos de una mano los negocios del rubro que implementaron el comercio virtual y el despacho a domicilio. Y las cosas se complicaron más cuando la Seremi de Salud le cursó dos multas (5 millones de pesos) a Librerías Bros por realizar “servicios no esenciales para la comunidad como la venta de libros”.

Esto desató una polémica que, sumada a otros factores, derivó en la retirada de 55 organizaciones de trabajadores de la cultura de la mesa Coordinadora Intersectorial Cultura en Emergencia convocada por el Ministerio de las Culturas para enfrentar la crisis del sector. Una semana después, esa cartera anunció que repartiría 2 mil millones de pesos a 122 espacios culturales de todo el país. Los beneficiados serían personas o instituciones de distintas disciplinas y territorios. Entre estas fueron seleccionadas 19 librerías.

Dirigentes de la Asociación de Librerías de Chile, entidad creada en el contexto de la crisis, comentaron haber quedado con la sensación de que la mesa era una instancia simbólica, solo informativa, y que lo que ellos habían opinado no se había tomado en cuenta. Aludían, probablemente, al petitorio sin respuesta que habían elaborado para solicitar que el libro fuera considerado bien esencial.

El presidente de esta instancia, Fabio Costa, fue claro al opinar que es comprensible que, en el contexto de la crisis sanitaria, el acceso a los libros no sea de vida o muerte, pero hizo ver que no cabe duda de que los libros hacen más llevadera y saludable la vida en confinamiento.

Finalmente, la sanción a Bros fue revisada por la subsecretaria de Preven-

ción del Delito, Katherine Martorell, y se autorizó a los libreros para realizar *delivery* en las comunas en cuarentena.

Costa ha subrayado que el mundo del libro es un ecosistema y que las librerías necesitan que las editoriales y las imprentas sigan operando. Catalina Infante, de Catalonia, se comunicó hace unos días con otros libreros para crear Fuerza Librera, una organización que recoge la idea de una cadena que va desde el escritor a la editorial e imprenta y luego a las manos del lector, en la cual la librería es una instancia clave.

Después de cien días cerradas, reabrieron las tiendas de varias comunas y *malls*. Pero con reglas del juego categóricas: alcohol gel al ingresar, mascarillas, desinfección, una cubierta de mica en las cajas, una cantidad máxima de gente en relación con los metros cuadrados y, en algunos casos, medición de la temperatura al ingresar.

Para José Sanguinetti, de Antártica, el esfuerzo vale la pena, porque la venta física tiene mística. Opina que es fácil comprar un libro por Internet, pero que las ventas se producen en las tiendas porque a la gente le gusta recorrer las páginas y mirar las portadas.

En algunos casos hay quienes dilatan la apertura, porque —explican en Catalonia— esperan contar antes con un sistema de desinfección que no dañe los libros. Según Sergio Parra, de Metales Pesados, la actividad comercial se reanimará cuando acabe el miedo, y eso será a fin de año o el próximo año. Mientras tanto, la situación ha puesto a muchos entre la espada y la pared: la urgencia los ha obligado a avanzar en la digitalización. Y grandes editoriales, como Planeta y Penguin Random House, han disminuido sus publicaciones.

En el caso de sellos más pequeños, como afirma Marcela Fuentealba, de Saposcat, la pandemia mostró “la precariedad absoluta de la producción más independiente”. Sin embargo, estas empresas han estado muy activas en redes sociales y varias tienen sus propios canales de venta, como Hueders, Montaceros y Libros del Laurel.

Javier Sepúlveda, presidente de Editores de Chile, manifestó que lo que se requiere son asignaciones directas, incluyendo a las editoriales independientes. Y, en general, los consultados aseguran que el coronavirus no ha revelado nada nuevo: que la industria editorial es débil, que hay pocas editoriales profesionalizadas y que hay cierta dependencia del Estado.

A pesar de que muchos llegaron a preguntarse si este tiempo oscuro auguraba el fin del negocio, hoy las estadísticas dan cuenta de que la gente ha leído más en el encierro. Catalonia subió ocho veces sus ventas *on line* y las redes sociales les han permitido reinventarse y seguir con las actividades que tenían en las tiendas. Esta editorial se ha esmerado en mantener la relación

que tenía con los lectores antes de la pandemia: pasó los clubes de lectura y las conferencias a Zoom y organiza lecturas de cuentos y poemas por Instagram.

En algunos casos, los libros se distribuyen de originales maneras. Auch! (Autoras Chilenas), el colectivo de autoras feministas que reúne a más de un centenar de escritoras, lo considera un bien de primera necesidad y ha repartido más de 1200 ejemplares en las ollas comunes de comunidades vulnerables.

En sintonía con este tipo de iniciativas, en una carta a *El Mercurio* los periodistas Federico Gana y Felipe de la Parra instaron a las autoridades a aprovechar la logística de distribución de las cajas de alimentos, que se reparten a dos millones y medio de familias chilenas, para incluir en ellas un libro. Advirtieron que su costo sería menor al de un kilo de pan.

Modernas plataformas

Como todas las galerías importantes en el mundo, a las chilenas les ha tocado adaptarse a lo virtual. Y para responder a la contingencia, dificultada primero por el estallido social y, luego, por el COVID, han comenzado a exhibir sus obras de arte a través de modernas plataformas.

Chile tiene un mercado de arte pequeño y las ventas han caído en un 90%. La crisis partió con el estallido del 18 de octubre. Luego hubo un par de meses mejores gracias a varias ferias internacionales, pero luego se desató la pandemia.

Se suspendieron varias ferias y se pospuso la Feria Ch.ACO (Chile Arte Contemporáneo). Artistas, galeristas y coleccionistas de unos quince países tenían previsto acudir a esta versión que se inauguraba el 26 de marzo con la exposición de más de quinientas obras de arte y la presencia de 32 galerías: doce chilenas y veinte internacionales.

La situación poco rutilante del sector motivó al Ministerio de las Culturas a destinar \$ 350 millones a comprar arte con el propósito de ir organizando su propia colección. Anunció que la selección de las adquisiciones se hará por concurso y las obras se alojarán en los depósitos especialmente contruidos para su conservación en el Centro Nacional de Arte Contemporáneo de Cerrillos.

La presidenta de la Asociación de Galerías (AGAC), Isabel Aninat, se ha lamentado de que muchos de los catorce espacios del gremio estén con la soga al cuello y ha advertido que el 70% de las galerías no tiene espaldas para sobrevivir. Por el momento tratan de sortear el desastre recurriendo a descuentos y desarrollando su presencia en la web.

Patricia Ready anunció la reapertura de su sala en Vitacura con mascarillas, alcohol gel y citas previas. En el caso de su local, asegura que han mantenido

las ventas y anunció que en estos meses cederán un porcentaje de sus ganancias para ayudar a los artistas que más lo necesitan. Ready dice estar convencida de que, en la actualidad, lo más importante es cuidar la salud, pero insiste en que el arte se explora y dimensiona solo cuando puede verse en vivo y directo, porque la experiencia estética es insustituible.

Besos y contagios

Apenas se materializó el cierre de museos, bibliotecas y espacios culturales, el gobierno puso en marcha la iniciativa EligeCulturaEnCasa, destinada a difundir el arte en formato digital. Y el resultado fue sorprendente: entre marzo y junio ya había sido visitada por 363 mil personas. Éxito similar ha cosechado Onda Media, la plataforma del contenido audiovisual del Ministerio que, en el mismo período, contabiliza 1 millón 200 mil visionados de películas.

La oferta disponible en este terreno es bastante amplia, porque a Onda Media se le suman la Cineteca Nacional y Ladera Sur, con excelentes programaciones de cine y documentales nacionales. Para los devotos de festivales, Sanfic presentó su versión digital y gratuita entre el 16 y el 23 de agosto.

El gobierno anunció también que en el sector audiovisual habrá recursos para que las películas que no se pudieron estrenar puedan hacerlo en formato digital. En general, la crisis sanitaria y el cierre temporal de las salas han provocado a nivel mundial un gran incremento en el consumo cinematográfico a través de plataformas digitales como Netflix, Amazon, Apple TV, YouTube, Google Play o diversas páginas de Internet.

Justo en el momento en que la asistencia al cine iba al alza —el año pasado, según la Cámara de Exhibidores, se registraron 29.7 millones de espectadores— llegó la pandemia. Esta ha golpeado fuerte a la industria audiovisual en el mundo entero, provocando la suspensión de producciones, el cierre de salas y la pérdida de trabajo de millones de personas. Onda Media, en cambio, la plataforma del cine chileno lanzada hace dos años y dependiente del Ministerio de las Culturas, vive por estos días su momento estelar. Pasó a tener desde 3 mil descargas a 30 mil cada 24 horas.

El exitoso estreno de la primera película chilena en Netflix *Nadie sabe que estoy aquí*, protagonizada por Jorge García, producida por Fábula y filmada en el sur de Chile se convirtió en un estímulo para que otros directores se planteasen la posibilidad de estrenar sus cintas por *streaming* o en otras plataformas. La sinopsis de *Tengo miedo torero* solo en su primera semana en YouTube obtuvo más de 120 mil visualizaciones.

Por su parte, Jorge Riquelme triunfó en San Sebastián con *Algunas bestias*, cinta que cuenta con la actuación de Paulina García y que fue una de las

primeras en estrenarse tras la reapertura de los cines en España, con butacas separadas y salas al 50% de su capacidad.

Además de poner en tela de juicio la entrega de fondos claves para el sector, la pandemia modificó las fechas que los realizadores barajaban. Así lo vivieron los productores de la ficción sobre Los Prisioneros que preparan Movistar y la productora Parox, y los de la segunda temporada de *La Jauría*, que espera su debut en Amazon y TVN.

La productora Invercine y Wood trabaja junto a Amazon en la adaptación del libro *Noticia de un secuestro*, de García Márquez, que sigue adelante pese a la contingencia. Además, esta empresa está a punto de finalizar la serie documental de Los Jaivas, que estrenará en sus pantallas Canal 13.

Las salas de cine pasan por un momento complejo. Además de las comerciales, también el circuito de cine arte local se vio obligado a cerrar a raíz de la pandemia. Y ahora esperan una reapertura que solo se dará cuando las comunas lleguen al paso 4 de la estrategia para enfrentar el COVID19, "Paso a Paso Nos Cuidamos". Recién en esta etapa estará permitida la atención de público en restaurantes, cafés y lugares similares.

Las seis personas que trabajaban en El Biógrafo, sala de 180 butacas que a comienzos de año había vuelto a la normalidad luego de cierres permanentes a raíz del estallido social, se acogieron a la Ley de Protección del Empleo. Algo similar ocurrió con los quince trabajadores del Normandie, que prepara sus 650 butacas para una pronta reapertura.

Teresita Ugarte, presidenta de la Red de Salas del país, que reúne a trece salas de cine arte de nueve regiones y que dan trabajo a unas 130 personas, lamentó en El Mercurio que el gobierno haya postergado para el final la reactivación del sector cultural, el más golpeado por esta pandemia.

Cinépolis (ex Hoyts), la cadena de cines más grande de Chile, lanzó la plataforma de arriendo Klic, que incluye 130 películas en su catálogo; y el competidor de esta empresa, Cinemark, hará un festival *on line* de cortometrajes.

Las víctimas de la pandemia tienen claro que el *streaming* es solo un complemento y que el cine siempre se verá mejor en las salas. Por eso planean reanudar las exhibiciones presenciales apenas hayan disminuido las medidas de distancia social. "Probablemente vamos a necesitar mucha ayuda durante estos meses de inactividad, pues esto nos provoca un claro trastorno", aseguró Juan de Dios Larraín, socio de la productora Fábula.

Producto del estallido social, se han tenido que postergar varios estrenos. En el catálogo de filmes que Market Chile manejaba para el primer semestre se contaban *El agente topo*, documental ambientado en un asilo de ancianos, de Maite Alberdi; y *Algunas bestias*, largometraje de Jorge Riquelme, recién pre-

miado en San Sebastián y con un elenco cinco estrellas, que incluye a Alfredo Castro y Paulina García.

Fábula, la más grande de las empresas audiovisuales del país, trabaja en las grandes ligas con HBO, Netflix y Apple TV, pero Hollywood también paralizó sus rodajes y entre los damnificados está *Lisey's Story*, la serie que Pablo Larraín realizaba para Apple TV. Se trata de una producción escrita nada menos que por Stephen King a partir de su novela.

Sin telón

El 17 de marzo, todos los teatros de la capital bajaron el telón. Y ahora tratan de adaptarse a la cuarentena. Varias producciones siguen en pausa mientras esperan la reprogramación de funciones. Se pararon los ensayos y en los primeros meses del contagio los artistas argumentaban que su trabajo es presencial y descartaban el teletrabajo. Sin embargo, poco a poco, comenzaron a adaptarse al encierro y al uso de la tecnología. Comenzaron a ensayar a distancia y hoy la oferta teatral se desborda.

Frente a la emergencia sanitaria, las salas de conciertos y artes escénicas decidieron salir al encuentro de la comunidad a través de sus plataformas web y de las redes sociales. Sin embargo, en el mundo de las tablas persiste el debate entre quienes se han adaptado a la modalidad virtual y quienes se resisten a aceptar que esta sea realmente teatro.

En el caso del teatro musical, una encuesta destinada a hacer el diagnóstico del sector reveló que el 100% de sus integrantes se encontraba sin trabajo desde el inicio de la crisis sanitaria y que el 90% había visto paralizados sus proyectos y contratos.

Creada a raíz de la pandemia, la organización Compañías Teatrales en Red reúne a 474 organizaciones de todo el país, y entre las propuestas que levanta está la devolución anticipada de impuestos a los artistas en este período de cesantía y una subvención para las salas. Simultáneamente, agrupaciones como Sidarte y Chileactores se han dedicado a recaudar dinero para entregarlo a los artistas más golpeados por la crisis.

Tras el inicio de la crisis sanitaria y el cierre de las salas, Amparo Noguera fue una de las primeras actrices, junto a Luis Gnecco y Gabriel Urzúa, en incursionar en el teatro virtual, de la mano de un ciclo de obras por Zoom. En estos días recibió la invitación de The Cow Company para integrarse al proyecto Living Teatro y actuar en obras semanales transmitidas por Zoom y escritas por Rafael Gumucio.

Crítica del sistema, lo considera una plataforma muy dura. Siente que no es fácil hablar ni ensayar en ella, porque el diálogo tiene limitaciones. Si bien

la mayoría de las obras *on line* hechas hasta ahora han tenido éxito, Noguera aseguró en Wikén que no hay comparación con la experiencia y la sensación física de actuar en las tablas. Confesó que se ha ido acostumbrando al *streaming* porque le gusta seguir ejerciendo su oficio, pero que extraña todo: el rito, el contacto con la gente, ingresar al camarín, estar con sus compañeros, la rutina que se genera antes de entrar a una función, la adrenalina, los diseñadores teatrales, la iluminación, el vestuario, el olor, la magia, el aplauso.

Ante el avance del COVID-19 y el aislamiento social, los artistas han tenido que crear otra lógica de sobrevivencia. Patricia Rivadeneira y Esteban Larraín lanzaron Escenix, el “Netflix del teatro chileno”, que ya cuenta con más de 15 mil usuarios y cuyo primer estreno fue *Random*, una inédita puesta en escena ciento por ciento digital.

Risas necesarias

Considerando que aún queda mucho tiempo para los formatos *on line* y las actividades en confinamiento, los comediantes también han hecho lo suyo, y con éxito. Pablo Leiva creó *Comedia Play*, un sitio web dedicado al humor chileno y promotor del *stand up*, pero que ha dado un giro y se ha dedicado a los shows *on line* transmitidos por comediantes en vivo. La necesidad de reír ha hecho que la demanda en estos meses haya superado todo pronóstico. Edo Caroe, Jorge Alís y Natalia Valdebenito han agotado las entradas de sus presentaciones.

Frente al imperio de lo virtual y con el propósito de vincular a los creadores chilenos con la escena internacional, el espacio de residencia artística Nave, con el apoyo de Corfo y la participación del GAM (Centro Cultural Gabriela Mistral), Santiago a Mil, el Teatro Regional del Biobío y Antenna, inauguró el NODO de Exportación de Artes Vivas. Según su directora, María José Cifuentes, el objetivo es crear nuevos modelos de economía para destacar cómo el arte aporta al mercado.

Otra iniciativa es TACTO, la primera plataforma digital de danza contemporánea, que comenzará vinculando a 15 artistas con programadores de distintas partes del mundo, además de espacios afines que puedan coproducir.

A comienzos de agosto, el Ministerio de las Culturas presentó un protocolo de manejo y prevención del COVID-19 para cines independientes, teatros y lugares como carpas de circo y espacios cerrados donde se presentan recitales de música.

El documento, trabajado con el gremio artístico, exige la reducción del número de butacas disponibles y un metro de distancia entre una y otra, promoción de la venta de entradas en canales digitales y programación de fun-

ciones en horarios escalonados, para evitar aglomeraciones. En el caso de los espectáculos, solo podrá asistir a los ensayos el personal imprescindible y las presentaciones se realizarán con distanciamiento sobre el escenario, mientras los camarines solo se utilizarán en forma excepcional.

La reanudación de la actividad presencial en los espacios dedicados a las artes escénicas comenzará en la fase cuatro del plan “Paso a Paso”. En el caso de Matucana 100, complementarán la puesta en marcha del protocolo realizando más espectáculos en su explanada al aire libre. El teatro San Ginés llevará a su azotea algunos espectáculos y ya instaló una cabina sanitaria al ingreso de una de sus salas.

Sin la posibilidad de recibir público, los espacios de música docta y danza transmiten sus producciones en la web. El Teatro Municipal de Las Condes, el Municipal de Santiago y el Teatro del Lago ofrecen clásicos y obras familiares.

En la primera etapa, unas 300 mil personas no solo de Chile, sino de Alemania, Estados Unidos, España, México y Argentina se conectaron a la página del Teatro Municipal. Suspendida la temporada artística presencial de este año, ha batido todos los records con sus transmisiones en YouTube —totalmente gratuitas— de óperas, ballet y conciertos de nivel mundial. Han llegado a tener a 200 mil personas viendo espectáculos al mismo tiempo y consiguieron auspiciadores para la transmisión.

También el complejo teatral Mori, compuesto por cinco salas en la capital, ha obedecido al imperativo de reinventarse y en el Zoom Mori se transmiten en vivo los montajes.

Porcentaje conflictivo

Chile, ¿qué duda cabe?, es un país con música de fondo. Y así como la revolución mexicana quedó marcada por los acordes de “Cielito lindo” o Italia por la letra del himno partisano “Bella ciao”, algo parecido sucede entre nosotros.

¿Cómo no recordar “El derecho de vivir en paz” con que los Quilapayún anunciaban la llegada de un mundo mejor? ¿O la música carcelaria de las presas políticas, como “El Negro José”, “Palabras para Julia”, “Resistiré” o “Gracias a la vida”?

Más tarde, durante la explosión social, muchas canciones viejas se reciclaron y nacieron otras nuevas. Todo esto culminó en la voz de las integrantes de Las Tesis, que les dieron pasión y ritmo a las luchas feministas.

Por último, durante el confinamiento, la música ha consolado penas y acompañado soledades. Sin rendirse, aunque compositores e intérpretes hayan desaparecido de las pantallas matinales y nocturnas para dejar paso a políticos y faranduleros.

Estos han optado también por ver el vaso medio lleno y valorar la optimización del tiempo —se ahorra el viaje—, han aprendido a promocionar sus propios trabajos confeccionando afiches y *flyers*, a crear reflexionando sobre lo vivido y a ofrecer clases de canto.

El gremio de la música, que agrupa a unas 4 mil personas en nuestro país, ha sido uno de los más afectados por la pandemia y la suspensión de espectáculos masivos. Entre octubre de 2019 y agosto de este año, se han cancelado alrededor de 4 mil eventos. El diagnóstico que hacen los representantes de artistas agrupados en MAMCHI (Managers Asociados de Músicos en Chile), es categórico. Considerando las pérdidas del sector acumuladas desde octubre hasta agosto, calculan en USD 20 millones los ingresos no percibidos.

En la Comisión de Cultura de la Cámara de Diputados, el parlamentario Boris Barrera presentó un proyecto de ley que solicita asistencia económica inmediata para el gremio. La iniciativa, que estaría vigente durante el tiempo que dure el estado de excepción y noventa días después, apunta a crear un fondo solidario de emergencia para los trabajadores del sector.

Proponen que las emisoras dediquen un 50% de su programación cotidiana a música chilena (un alza de un 30% más que la normativa vigente) y que en la televisión abierta esa cuota alcance el 20%. Esta medida tendría carácter provisional y su propósito sería aumentar los ingresos que generan los músicos por concepto de derechos de autor y conexos. Los que ganan mucho seguirían recibiendo lo que genera el 20%, pero el otro 30% se repartiría.

Desde la Asociación de Radiodifusores de Chile consideraron la iniciativa impositiva y sin sentido. Y la Sociedad Chilena de Derechos de Autor (SCD) señaló que estos derechos no son bienes públicos, sino que pertenecen a sus creadores. Agregaron que el fondo, a pesar de sus loables fines, constituiría una expropiación de los ingresos de los titulares de derechos. “El problema es que este proyecto busca solucionar un problema a costa de los derechos de autor”, comentó Horacio Salinas, presidente de la SCD. “Lo que hace es quitar derechos a algunos músicos para distribuirlo entre otros e incluso entre personas que no son autoras...”

Puertas cerradas

Algunos museos y centros culturales se preparan en estos días para abrir sus puertas. Sin embargo, muchos no están convencidos. “Nosotros no reabriremos antes del próximo año”, se ha sincerado Francisco Brugnoli, director del Museo de Arte Contemporáneo (MAC), que, como la mayoría, está cerrado desde marzo, pero mantiene una intensa interacción virtual con su público.

Lo interesante es que hay museos que, en pleno confinamiento, duplicaron sus convocatorias gracias a la web. Y otros, como el Precolombino, la septuplicaron, al pasar desde 63 mil visitas en el primer semestre de 2019 a más de 475 mil en el mismo lapso de 2020. Sin embargo, cerrado desde marzo, no abrirá antes de 2021. Su director, Carlos Aldunate, ha declarado que no hay apuro y que, si abrieran este año, tendrían diez veces más gastos, porque se necesitarían más higienización, seguridad y climatización.

Lo inquietan los costos porque, desde octubre, registran un déficit de 40% en su presupuesto. Y a este porcentaje, que corresponde al ingreso por entradas y al arriendo de su tienda y cafetería, se suma el recorte que el Ministerio anunció para el año 2021. Ya están avisados de que los recursos bajarán en un 10%, 15% o 20%.

Algo similar ocurre con las instituciones que dependen de fundaciones o corporaciones sin fines de lucro y que, salvo excepciones, sobreviven en gran medida por la recaudación de las entradas. Su esperanza está depositada en los fondos anunciados por el Ministerio de las Culturas y en la reformulación de sus estrategias de financiamiento.

Giulio Pecchenino, presidente del directorio de la Fundación Lukas, ha confesado estar enfrentando también una situación muy compleja y asegura que, si la institución sigue cerrada, se verán obligados a tomar “medidas drásticas”.

Las casas de Neruda en Santiago, Valparaíso e Isla Negra están herméticas desde el 16 de marzo y han bajado sus visitas en un 40%. Lo grave es que el ingreso por el valor de las entradas y la tienda corresponden a casi un 95% de su presupuesto anual.

A medida que se extiende el confinamiento, algunos museos y galerías han comenzado a desarrollar recorridos virtuales. Por su parte, el Servicio Nacional del Patrimonio Cultural creó una plataforma web en la que se pueden visitar sitios como el fuerte de Niebla, el Museo Gabriela Mistral de Vicuña o la colección del Museo de Arte y Artesanía de Linares.

En otras latitudes se han desarrollado proyectos muy interesantes, incluso para los niños. Es el caso del Museo de Arte Metropolitano de Nueva York, que debió cerrar precisamente cuando cumplía 150 años. Sus dirigentes percibieron un aumento de nueve veces en el tráfico de sus páginas MetKids, donde los niños pueden ver videos sobre cómo recrear una pintura de Degas, crear vitrales o hacer origami japonés.

Cuentas tristes

Reunidos en forma virtual, los representantes de los productores de eventos agrupados en la Agepec (Asociación Gremial de Empresas Productoras de En-

tretenimiento y Cultura), de los músicos independientes a través de Imichile (Asociación Gremial Industria Musical Independiente de Chile), representantes de los principales recintos de eventos del país, como Movistar Arena y el teatro Caupolicán, y las ticketeras (ventas de entradas) con mayor participación en el mercado, sacaron cuentas tristes sobre el estado crítico de esta industria cultural.

Según los datos reunidos, existen 2083 pequeñas y grandes productoras de eventos y 1952 recintos de espectáculos a lo largo del país que congregan al año en sus shows musicales a 2 millones 800 mil personas. Este sector da trabajo a 800 mil personas y hoy 160 mil corren el riesgo de perder sus empleos en una industria que podría tener un impacto de USD 250 millones en pérdidas, a lo que habría que sumar las posibles quiebras de las propias productoras y salones de eventos.

En estos días todo hace presumir que el primer concierto con distanciamiento social de Chile tendrá lugar en el mes de octubre en Espacio Broadway, popular centro de eventos de la ruta 68. Este sería el primer espectáculo masivo en formato presencial que se haría en nuestro país desde marzo. Se trataría de un festival de tres o cuatro artistas nacionales en una misma jornada, encabezado por el grupo de rock Chancho en Piedra.

El modelo del evento, similar a uno realizado en Inglaterra, incluiría el montaje de módulos separados por rejas con mesas y sillas para un máximo de diez personas. Todos los asistentes deberán usar mascarillas y someterse al ingresar a una toma de temperatura y limpieza de calzado. Los técnicos y personal de servicios y seguridad también deberán portar mascarillas, protección facial, y contar con un certificado de PCR negativo de un examen realizado máximo siete días antes del evento.

Iconoclastas

El académico Robert Musil sostiene que no hay nada más invisible que los monumentos. Sin embargo, los detractores de esta tesis comentan que, si ello fuese cierto, estos no tendrían ningún significado para los iconoclastas que se han manifestado con particular violencia desde la explosión del 18 de octubre.

Para el historiador Eric Foner, los monumentos históricos son expresiones de poder, y hoy las protestas sociales han surgido no solo como reclamos contra la injusticia, sino como la necesidad imperiosa de ajustar cuentas con el pasado y bajar del pedestal a figuras asociadas a conductas que estiman condenables.

El revisionismo histórico ha descargado su ira contra distintos objetivos en todo el planeta. En Estados Unidos, a raíz del asesinato de George Floyd por

la policía de Minneapolis, los manifestantes del movimiento *Black Lives Matter*, rayaron, descabezaron y/o removieron diez estatuas consideradas racistas acusando la impertinencia de honrar a figuras ligadas a la esclavitud.

La indignación ciudadana cuestiona también otros productos culturales. Hace poco, la cadena HBO eliminó de su catálogo la película *Lo que el viento se llevó* (1939), historia de amor de la hija de una familia dueña de una plantación de algodón. Sus críticos estiman que la obra pone un toque de romanticismo a la esclavitud antes de la Guerra Civil. El episodio terminó con la reincorporación del filme en el catálogo, pero *con advertencias sobre su contenido*.

Otros derribamientos se han producido en países como Bélgica, donde el objeto de la furia popular fue el rey Leopoldo II, responsable de la sangrienta colonización del Congo. En Reino Unido, un grupo de manifestantes lanzó al mar la estatua del traficante de esclavos Edward Colston; y en Londres, el alcalde Sadiq Khan propuso revisar la pertinencia de todos los monumentos históricos.

De la furia iconoclasta tampoco se libró la estatua de Miguel de Cervantes emplazada entre los árboles del parque Golden Gate en San Francisco. En el marco de las protestas por la muerte de Floyd fue vandalizada y se escribió en ella con *spray* rojo la palabra *bastard*. Situación que muchos tacharon de *desconcertante*, si se toma en cuenta que él mismo fue esclavizado durante cuatro años en Argel.

Algunas de las doscientas estatuas de Cristóbal Colón instaladas en Estados Unidos despertaron también la agresividad de los manifestantes, que responsabilizan al navegante del “genocidio” de los pueblos originarios. Elvira Roca, autora de *Imperofobia*, recordó que los ataques a Colón no son nuevos. En 2018 se retiró una estatua suya en Los Ángeles; el famoso monumento en Columbus Circle también fue vandalizado, y en Baltimore rompieron otra de sus estatuas a martillazos.

En España, la Real Academia de la Historia reprobó en una declaración pública la conducta de quienes vandalizaron esculturas de Colón, Cervantes y otros: “Solo una interpretación anacrónica y descontextualizada de los hechos históricos puede explicar los ataques injustificados contra estos monumentos”.

En Chile, la explosión social arremetió contra iglesias, edificios y estatuas. Lo hizo rayando, pintando muros, incendiando teatros o centros culturales, quebrando vidrios o destrozando y botando estatuas o placas y apedreando zonas típicas.

La ministra de las Culturas ha dicho que lo sucedido la ha llevado a una reflexión muy profunda sobre el valor del patrimonio y la vigencia de ese valor que solo tiene sentido en la medida en que signifique algo para alguien o

para una comunidad. Valdés confiesa que se pregunta cuál es el mensaje, qué hay detrás de la destrucción de estos bienes culturales. Y cuenta que se está llevando un registro de lo escrito en murallas y pancartas y de las expresiones grupales en la calle durante los días del estallido social.

El 2 de enero pasado, el Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio comenzó a elaborar un catastro georreferenciado de los cerca de 600 monumentos históricos y públicos vandalizados en el país. El presidente del Consejo de Defensa del Estado (CDE), Juan Peribonio, informó que los daños a monumentos públicos, históricos, arqueológicos y zonas típicas, así como los incendios provocados a bienes públicos cometidos por individuos, grupos o turbas de personas, configuran delitos que el CDE perseguirá con decisión. Agregó que, desde entonces, esta institución ha presentado cuarenta querellas “contra quienes resulten responsables por los desmanes”.

El último ataque de los manifestantes se produjo recientemente en La Araucanía y afectó a un busto que fue derribado y lanzado al río en Lumaco. Setenta y dos horas después de lo ocurrido, aún había versiones contradictorias sobre si el busto pertenecía al coronel Cornelio Saavedra, *pacificador* de la zona, o al héroe de la guerra del Pacífico y muerto en el combate de la Concepción, Ignacio Carrera Pinto. Finalmente se estableció que se trataba de este último.

“Si vamos a juzgar todo el pasado con los criterios morales del presente, el único camino va a ser borrar la historia completa”, expresó Sol Serrano el 27 de junio en *La Tercera*.

En febrero de este año, el Museo Violeta Parra, ubicado en Vicuña Mackenna con la Alameda, a pasos de la ex plaza Baquedano y actual Dignidad, fue atacado e incendiado en tres oportunidades. Las llamas devoraron casi toda su estructura. Este centro cultural, que albergaba y exhibía una colección de la obra de la artista que su primogénita Isabel y su hermano Ángel habían recopilado por décadas, permanece cerrado desde octubre.

Isabel Parra sorprendió a la opinión pública al declarar que este espacio, que ella soñó por veinte años y cuyo directorio integra como vicepresidenta, no se reconstruirá “por miles de razones”. Opinó en Revista *El Sábado* que “se fue convirtiendo en un Museo fome” y que “no tuvo ningún compromiso social durante esta revolución. No se proyectó el espíritu social de la Violeta jamás”.

Afirmó que la idea es seguir mostrando la creación de su madre, pero de otra manera más simple y menos cara, como en una casa.